

Carolina Rojas Neculhual

CORAZÓN DE WEICHAN

Historias de vida y resistencia
de mujeres mapuches

 Planeta

Griselda Calhueque: la resistencia de una weichafe zomo

En febrero del 2012, Jaime Huenchullán iba en su vehículo de la casa de su padre por el camino de tierra común de Temucuicui. Lo acompañaban su esposa, Griselda, y sus hijos Mankilef (Cóndor veloz) y Wangülen (Estrella). A las once de la noche, ese camino flanqueado por eucaliptus y zarzamoras solo está iluminado por la luna y los focos de los automóviles.

Cuando iban llegando al cruce del fundo La Romana (que limitaba en ese entonces con Temucuicui), un bus de Carabineros los encandiló con las luces del vehículo desde el cual bajaron más de diez policías. El verde de sus uniformes, en medio del bosque a oscuras, los hacía invisibles. A Jaime lo sacaron del auto a empujones. Los niños, que en ese entonces tenían entre ocho y seis años, comenzaron a llorar.

—¡Bájate del auto, indio terrorista! —gritó uno de los carabineros mientras le apuntaba con un arma.

—¡Ya poh, concha de tu madre! —apuró un segundo uniformado.

Jaime pidió que no gritaran. Griselda abrazó a sus hijos y les cubrió los ojos con sus manos. Jaime abrió su billetera y les mostró el carnet de identidad. Lo dejaron volver al auto.

—¡Ándate nomás, indio! —lo despidieron.

Griselda Calhueque, de cuarenta y dos años, recuerda esa escena como el inicio del momento en que la vida de sus hijos cambió. El momento en que los niños y niñas crecen de golpe, como casi todos en la comunidad.

Es un día de agosto y en el restaurante El Campesino de Ercilla suenan los corridos desde la cocina, mientras el olor de una cazuela de gallina, que es la especialidad de la casa, impregna el lugar. Afuera las nubes negras anuncian que va a llover. Griselda alisa el mantel con las manos, el pelo azabache le cae por los hombros y enmarca un rostro redondo y ojos de pestañas tupidas.

Relata cómo, cinco años más tarde de ese despertar a la fuerza de sus hijos, Wangülen —quien hoy quiere ser abogada— presenció la detención de Jaime en pleno centro de la comuna.

Fue a las dos y media de la tarde del 23 de septiembre del 2017. La familia había ido de compras, la pequeña pidió un helado. En ese momento, entre gritos, un grupo de hombres lo apuntó con armas: eran policías de civil. Cinco minutos después llegaron fuerzas del Grupo de Operaciones Policiales Especiales de Carabineros (GOPE), quienes lo esposaron y subieron a una camioneta. Lo llevaron hasta la Octava Comisaría de Temuco. También habían detenido a sus hermanos Jorge y Rodrigo.

Era la llamada Operación Huracán, el operativo policial de Carabineros de Chile bajo el amparo de la Ley de Inteligencia que en septiembre de 2017 llevó a

la detención de ocho hombres mapuche, acusados de asociación ilícita terrorista en el sur de Chile, supuestamente agrupados con la cúpula de la Coordinadora Arauco-Malleco (CAM) y Weichan Auka Mapu. En enero de 2018, el Ministerio Público reveló que había descubierto, mediante pericias técnicas, que la Unidad de Inteligencia Operativa Especial de Carabineros había manipulado las pruebas que incriminaban a los detenidos, mediante la intervención de mensajes de WhatsApp en teléfonos celulares. Se abrió así una investigación contra la propia policía uniformada por falsificación de instrumento público, obstrucción a la investigación y asociación ilícita.

“Lo agarraron aquí en Ercilla —dice apuntando hacia la calle—. Íbamos a buscar unas plantas a una comunidad cercana, para reforestar. Cuando llegaron los *ratis* y se lo llevaron, avisamos a la familia y mi hija empezó a grabar con el celular. Lo agarraron, lo esposaron y lo echaron pa’ arriba. Pregunté que para dónde lo llevaban y me dijeron que para Temuco. Después quedas con la sensación de que te persiguen, de que en cualquier momento te puede pasar algo o se pueden llevar a otras personas”, recuerda.

* * *

Griselda es la segunda de cuatro hijos del matrimonio entre Bernardo Calhueque y Cristina Millanao: Cristian, ella, Rodrigo y Sandra. Nació en la comunidad de Chacaico, en Angol, que queda a media hora de Temuicui. Allí vivió la mayor parte de su niñez. A los trece, como muchas adolescentes mapuche hacían en ese

tiempo, se fue de su hogar para emplearse en labores de aseo en casas particulares; en los años noventa, la pobreza ya golpeaba fuerte a las comunidades, principalmente porque, por falta de tierras, las familias vivían hacinadas en reducciones y tras el golpe de Estado la situación había empeorado.

Primero viajó a la ciudad de Concepción, donde tenía algunos parientes, y luego hacia Santiago, para seguir trabajando como asesora del hogar. “Llegué hasta sexto básico, pero eso nunca fue impedimento para desenvolverme en la vida”, dirá más tarde en la entrevista.

Llegó hasta el terminal de Ercilla acompañada por su hermana y su papá: llevaba un pequeño bolso con algunas prendas y tenía el pecho apretado. “Iba con la pena de dejar mi *tuwun*, me fui solo por necesidad. En el campo se quedaban mi familia y mi *newen*”. Griselda fue empleada doméstica en casas del barrio alto y en muchas oportunidades, al emplearse “puertas adentro”, le cambiaron las condiciones a última hora, aprovechándose de la necesidad de trabajo y la lejanía de su hogar. Se acostaba a las doce limpiando y tenía que volver a levantarse a las cinco de la mañana. “Existía mucha discriminación hacia los mapuche en ese tiempo. También nos dejábamos humillar mucho cuando nos trataban mal. Viví todos esos procesos en carne propia, no fueron momentos muy buenos. Siempre era de trabajar de ayudar a mis papás en lo que podía y comprarme cosas personales o de aseo, pero mi idea siempre fue devolverme a mi tierra”.

Trabajó en Ñuñoa, Vitacura y El Monte, la trataron como “la mujer del sur” y “la india” hasta que en el año 2000 decidió regresar a su tierra. “Nunca negué quién

era, ni de dónde venía. Nunca la sociedad chilena cambió mi manera de ser”, confiesa.

La historia de las mujeres mapuche en las comunidades comienza mucho antes. Una vez se lo dijo el padre de Jaime Huenchullán y suegro de Griselda, don Juan Segundo Huenchullán.

Durante el proceso de Reforma Agraria, a principios de la década de 1970, la comunidad de Temucui-cui recuperó el fundo Alaska. Tres años más tarde lo convirtieron en un pequeño vergel de casas, animales y huertas; pero vino el golpe de Estado.

“Se llevaron a las mujeres para arriba”, decía don Juan Segundo y apuntaba los cerros.

Todos fueron torturados. Las mujeres, golpeadas y quemadas con fuego. Las liberaron con una advertencia: “Díganles a los demás que les va a pasar lo mismo”.

Durante la ocupación militar de la Araucanía, en 1880, los mapuche ya sufrían desalojos, asesinatos, y la invención de deudas falsas que después tuvieron como consecuencia la apropiación de sus tierras.

Hay diversas crónicas de Horacio Lara citadas en los textos del historiador José Bengoa que relatan las primeras afrentas sanguinarias: cuenta una que un grupo de colonos asaltó la casa de un cacique, violaron a las mujeres y, luego, las asesinaron junto a sus hijos. Dejaron los cadáveres atravesados con estacas a modo de advertencia.

El conjunto de comunidades de Temucui-cui (divididas en histórica y autónoma) está ubicado a más de 90 kilómetros de Temuco, en la comuna de Ercilla. En esta zona viven más de 150 familias que sobreviven de la agricultura.

Es la comunidad en resistencia que mayor extensión de tierras ha logrado recuperar durante las últimas décadas: el fundo Alaska, el fundo La Romana, Montenegro y Santa Luisa. Su existencia se origina en la recuperación a la forestal Mininco y luego comienza el proceso de recuperar las tierras ocupadas por colonos como el latifundista René Urban, época de mucha represión policial y judicial.

Cuando uno de los hombres es apresado desestabiliza la economía de la casa. Las mujeres juntan plata para visitarlos en la cárcel. Griselda muchas veces lloró a escondidas por culpa del empobrecimiento que causa la situación, una historia compartida con otras mujeres mapuche.

“A veces los niños van preguntándote dónde está su papá y tú no sabes responderles si volverá mañana o el mes que viene, nunca se sabe”.

* * *

El 19 de enero del 2021 fue el *Lef Trawun* (reunión urgente) de la comunidad de Temucuicui, tras el allanamiento de la Policía de Investigaciones doce días antes. La reunión, que duró dos jornadas, se organizó no solo por el allanamiento de la Policía de Investigaciones, sino también porque, como fueron testigos su abuelo y el abogado Nelson Miranda, Wakolda (hija de Camilo Catrillanca) fue detenida y esposada el mismo día que cumplía nueve años.

En el hualle centenario hablan los *peñis*, los abogados y *lonkos* (jefes de comunidad mapuche) de varias colectividades. Un enjambre de mujeres carga canastos

con sopaipillas y platos; otras revuelven ollas humeantes donde hay carne y papas para el almuerzo. Las ñañas están apostadas bajo una ramada que protege del inclemente sol. También está Griselda: cada tanto supervisa, levantando las tapas de las cacerolas, y se preocupa de que a ningún asistente le falte comida.

Griselda conoció a Jaime en 1999 a través de su hermano Cristian, porque ellos eran amigos y participaban de manera activa en los procesos de recuperación. La pareja se fue cortejando en la distancia y se comunicaba por teléfono. Cuando cumplieron un año pololeando se fueron a vivir juntos a Temucuicui. Al año siguiente, Griselda conoció de cerca los allanamientos de los que tanto se hablaba.

“Llegaban carabineros en medio de la noche y te hacían destrozos, rasgaban los sacos de harina; a veces los niños estaban durmiendo y los tiraban afuera sin zapatos y sin importarles nada”, relata.

Quizás por ese tipo de develaciones, durante el *trawun* la abogada Manuela Royo quiso destacar a las mujeres de la comunidad. Homenajear la resistencia de las ñañas:

“Muchas veces se nos habla de los presos políticos, de los compañeros que están resintiendo. Siento y creo que quienes se la llevan pesado son las mujeres de las comunidades [...]. Las que llevan la encomienda y levantan a las familias mientras están solas; las que son apuntadas con el dedo en el pueblo, incluso entre la misma gente del campo, y acusadas de ser terroristas. Sinceramente quiero decirles, como mujer y como mamá, *estoy con ustedes*. Sé que se llevan la parte más pesada y son invisibilizadas en esta situación”, dijo la abogada.

“No es fácil contar eso, a veces lo dejo en el olvido. La represión, los encarcelamientos, el dolor. Que Jaime fuera encerrado y enjuiciado, que estuviera clandestino. Una queda desamparada”, deja escapar Griselda, pese a que no le gusta hablar tanto de sus momentos de debilidad.

* * *

El primer juego de los hijos de Griselda y su prima Milén Relmu (Arcoíris) fue el “paco-mapuche”, una variación del policía-ladrón. Corrían debajo de un castaño de enormes raíces. En su imaginación ellos no perseguían ladrones, persiguen mapuches. “Ya, tú eres el *winka*, yo el mapuche, yo soy paco”; se repartían los personajes y luego todos corrían. Mankilef escapaba de los brazos de sus captoras, dando vueltas alrededor de la casa.

En el 2015, debido a las constantes denuncias de René Urban, Jaime fue detenido en la ciudad de Collipulli; a Mankilef lo dejaron abandonado en la ciudad. En 2017 la comunidad de Temucuicui denunció que carabineros le reventaron dos dedos del pie mientras defendía a su tío Cristian durante un allanamiento. En 2018, a sus catorce años, fue perseguido por una patrulla; en la huida perdió el control del auto. El adolescente tuvo múltiples fracturas.

Ese fue uno de los momentos más tristes que le tocó vivir a su madre; ella recuerda aquella época en que la familia revivía esa rabia ancestral, con la persecución policial y judicial que vivieron de la mano del “colono Urban”, entonces dueño de la hacienda La Romana. Cuando iban a Ercilla a comprar abarrotes o cuando

necesitan sacar un turno en el médico. Al ver a René Urban o a algún integrante de esa familia, en una de sus camionetas todoterreno o caminando en el mercado, se quedaban mirando desde lejos.

Pero uno de los acontecimientos que remeció a la comunidad entera sucedió el 14 de noviembre del 2018: el asesinato de Camilo Catrillanca.

La historia es conocida: en medio de un procedimiento del GOPE, el grupo conocido como “Comando Jungla”, el sargento Carlos Alarcón le disparó en la cabeza. La historia inicial era que el joven había muerto en un enfrentamiento, versión que sostuvo el Ministerio del Interior y varios políticos del Gobierno de la época.

Desde entonces Temucucui tuvo que volver a organizar encuentros en la comunidad y citas con políticos para, en definitiva, pedir justicia. El año pasado se denunció dos veces que, mientras la familia Catrillanca —y parte de la comunidad— estaba en Angol, Carabineros y la Policía de Investigaciones entraron a Temucucui. El primer allanamiento fue el 2 de diciembre; el segundo, el 7 de enero. Fue un contingente nunca antes visto: más de 800 hombres y 200 vehículos.

Durante la segunda operación policial ocurrió el asesinato del policía Luis Morales, quien recibió un disparo en la cabeza —en el camino a Chacaico— cuando iba en la parte trasera de la camioneta.

Cerca del mediodía, Jaime Huenchullán cortaba leña en una máquina y oyó los primeros disparos. Al mismo tiempo avistó una enorme caravana de vehículos que se dirigía a la comunidad. Pensó lo peor.

Lo alertaron por teléfono diciendo que había un allanamiento liderado por la Policía de Investigaciones, y

que habían entrado por tres caminos que conducen a Quicheregua, Collico y Chacaico. Sintió miedo por sus hijos Mankilef y Wangülen. Se calmó. Quizás con suerte no entrarían a su casa.

Luego, Griselda se enteraría de las malas noticias.

La fuerza de élite de la PDI irrumpió en distintas zonas de Ercilla, como la comunidad Huañaco Millao Chacaico, Pancho Curamil, Butaco, el sector de Pidima y Temucucui para realizar los allanamientos. El resultado del operativo fueron dos mujeres detenidas de la comunidad Huañaco Millao Chacaico. En las noticias se habló del decomiso de mil plantas de marihuana y nueve armas de fuego que trataron de asociar a Temucucui, las cuales luego se aclaró pertenecían a otra comunidad. Lo que no se informó en los medios esa noche fue el otro saldo: mujeres y adolescentes que fueron amenazadas a punta de pistolas, casas destruidas y animales que fueron asesinados.

Después de diez años, Temucucui volvió a un sistema de vigilancia armada. Y prueba de ello es que nadie entró al *Lef Trawun* sin registrarse en dos zonas de seguridad, que formaban dos guardias compuestas por jóvenes mapuche encapuchados.

* * *

El día de Griselda comienza a las seis de la mañana. Lo primero que hace es “forrajear a las ovejas”, las lleva al pastoreo. En esa pequeña caminata por las primeras horas del alba, siempre agradece al *Ngenechen* (ser supremo mapuche). Sigue alimentando a los pollos, los gansos y patos. Es amante de los animales, dice que se

siente conectada con ellos. Limpia la casa y, en medio del ajetreo, prepara el pan. En esa rutina sin espacios en blanco, quizás a las nueve toma un “agüita de mate”. Luego, si se desocupa temprano, resuelve algún trámite en Ercilla o hace una visita a su padre.

Durante una segunda entrevista, Griselda está en la cocina de su cabaña, sofríe el arroz con afán. Sobre un mantel con flores azules ceba un mate que luego endulza con miel. Mientras habla, con la mano izquierda frota su muñeca derecha, donde tiene una pulsera de delfines. El comedor está separado del living con una cortina blanca con flores verdes. Afuera, en el frío de junio, tras la ventana empañada se puede ver a sus perros Marlot y Paloma, que corren por el barrial e ignoran a los gansos que se pasean frente a ellos.

Confiesa que le hace bien botar todo lo que tiene adentro y que cuando mira a Jaime ve al hombre que estuvo preso en la cárcel de Angol, enfermo de pancreatitis, aguantando y luchando por la tierra; al hombre que ha estado clandestino y luego preso por la infame Operación Huracán.

Wangülen, una joven que la sobrepasa en estatura, baja la escalera con los ojos cansados de estudiar. Este año rendirá la PSU y tiene muchas ganas de quedar en Derecho. Está determinada a ser abogada.

Toda la familia ríe con la película cómica *¿Y dónde están las rubias?*, la tarde es apacible. No siempre es así. Si Griselda tiene la costumbre de levantarse de madrugada, es justamente para estar preparada en caso de un allanamiento. Nunca se sabe.

Mankilef se pasea por la sala tratando de poner un espejo en la pared junto a uno de sus primos. Griselda lo

observa de cerca. Pronto cumplirá dieciocho años. Eso significa, entre muchas otras cosas, que es la edad cuando ya empiezan a enfrentar cargos; el corolario de las primeras aprehensiones. Las mujeres mapuche sufren con la detención de sus parejas. Pero también viven el miedo constante de perder sus niños. “A un hijo... a un hijo tú lo tienes que proteger para toda la vida” repite Griselda.